

Julio Verne

Viaje al centro de la Tierra

longseller

ESENCIALES

Índice

Prólogo	7
Capítulo 1	13
Capítulo 2	18
Capítulo 3	25
Capítulo 4	33
Capítulo 5	38
Capítulo 6	45
Capítulo 7	54
Capítulo 8	63
Capítulo 9	71
Capítulo 10	79
Capítulo 11	85
Capítulo 12	92
Capítulo 13	99
Capítulo 14	107
Capítulo 15	114
Capítulo 16	121
Capítulo 17	129

Capítulo 18.....	135
Capítulo 19.....	142
Capítulo 20.....	149
Capítulo 21.....	155
Capítulo 22.....	161
Capítulo 23.....	165
Capítulo 24.....	172
Capítulo 25.....	177
Capítulo 26.....	183
Capítulo 27.....	187
Capítulo 28.....	192
Capítulo 29.....	199
Capítulo 30.....	204
Capítulo 31.....	214
Capítulo 32.....	220
Capítulo 33.....	228
Capítulo 34.....	237
Capítulo 35.....	243
Capítulo 36.....	250
Capítulo 37.....	257
Capítulo 38.....	262
Capítulo 39.....	269
Capítulo 40.....	278
Capítulo 41.....	284
Capítulo 42.....	290
Capítulo 43.....	297
Capítulo 44.....	304
Capítulo 45.....	311

Prólogo

Julio Verne y Viaje al centro de la Tierra

El nombre de Julio Verne aparece siempre indiscutiblemente asociado a la producción de obras en las que se funden una asombrosa anticipación científica, viajes extraordinarios y apasionantes aventuras. Su desbordante imaginación creó mundos en los que existían los cohetes espaciales, el submarino, el helicóptero, la corriente eléctrica como fuerza de propulsión y otras invenciones que lo muestran como un hombre apasionado por la ciencia, capaz de imaginar medio siglo antes de su existencia algunas de las conquistas más sorprendentes del siglo XX.

Pero sus historias no se nutren solo de la ciencia; fue un viajero incansable durante casi toda su vida, y de cada viaje extraña anécdotas y aventuras que luego transformaba en literatura, enriquecida además por profundos conocimientos de geografía, astronomía, geología, zoología, botánica, mineralogía y meteorología. Fue esta pasión por el estudio y ese afán de conocimiento lo que le dio la base para sus interesantes y curiosas anticipaciones. Cien años después de su muerte, todas sus predicciones se han cumplido, excepto el viaje al centro de la Tierra.

Viaje al centro de la Tierra nos presenta un extraordinario viaje por el desconocido mundo subterráneo. Un profesor de geología, Otto Lidenbrock, encuentra un misterioso criptograma en el que un explorador islandés del siglo XVI declara haber descubierto un camino que conduce al centro de la Tierra. A partir de este hallazgo el profesor, su sobrino Axel y Hans, un valiente guía islandés, se lanzarán a la aventura de encontrar ese camino. Ingresando por el cráter de un volcán en las remotas tierras de Islandia, ingresarán en un mundo de galerías subterráneas en las que los colores y formas de las rocas parecen contar la historia de la Tierra. Encontrarán mares tempestuosos, animales antediluvianos y bosques de hongos gigantes. Juntos tendrán que sortear los múltiples peligros que implica desafiar los límites conocidos.

Novela de aventuras y relato de viaje

En *Viaje al centro de la Tierra*, el profesor Lidenbrock, su sobrino y el guía tienen un ambicioso objetivo: llegar al centro del planeta. La pasión por el conocimiento y la búsqueda del saber serán el motor que los guiará, con esfuerzo y dedicación, en esta increíble aventura. Como en toda novela de aventuras, los personajes van contagiando al lector del entusiasmo de ir tras un ideal, que en general es un fin virtuoso, intrépido, y que los pondrá a prueba a lo largo del camino.

El profesor sabe perfectamente lo que quiere y nada lo detiene, confía en la ciencia y en los científicos, y en el futuro. Lo desconocido es para él un desafío que enfrenta para aportar un poco más de luz en el mundo del saber; es un gran optimista y un fiel representante de su época, en la que la ciencia ocupa un lugar de privilegio.

Axel, su sobrino y narrador de la historia, aparece como el contrapeso de ese entusiasmo, es un joven que al principio pone en duda la viabilidad del proyecto, pero a lo largo de la novela vive una verdadera transformación: deja de ser un muchacho inseguro para convertirse en un verdadero hombre que, como su tío, se entregará a la pasión por la ciencia.

También corresponde a la novela de aventuras la multiplicidad de problemas que deben resolver los personajes: mensajes en clave, laberintos subterráneos, tempestades, animales primitivos, torrentes de lava... Hasta el penúltimo capítulo no dejan de aparecer situaciones nuevas que ponen en peligro a los personajes, quienes deberán recurrir a toda su astucia, inteligencia y nobleza para resolverlas. Esta sucesión vertiginosa de acontecimientos mantienen el entusiasmo y el asombro del lector.

Esta novela es también un relato de viajes como lo demuestra la presencia detallada y rica del paisaje de Islandia, el contacto con otra cultura y con lo desconocido, la relación con el otro y las nuevas vivencias, todos estos elementos contribuyen a la transformación de los personajes. Se trata de un viaje exterior y otro interior, que se dan simultáneamente, un desplazamiento en el espacio y en la conciencia, que toma la forma de paisajes y reflexiones. Lo importante es que se trasponen fronteras, límites geográficos y personales. Por esa razón esta novela se incluyó en una serie publicada bajo el título general de *Viajes extraordinarios*.

El autor y su obra

Julio Verne nace en Nantes, ciudad y puerto de Francia, el 8 de febrero de 1828. Desde pequeño demuestra su talento en geo-

grafía, griego, latín y canto, lee y colecciona artículos científicos, y muestra una gran curiosidad por el conocimiento.

En 1847 inicia sus estudios de derecho en París, por decisión de su padre, pero ya comienza con su producción literaria y se relaciona con el círculo literario de París, así conoce a Alejandro Dumas, autor de *Los tres mosqueteros*, quien va a tener gran influencia personal y literaria sobre Verne.

Para poder dedicarse a escribir, realiza inversiones en la Bolsa que resultan exitosas y se compra un pequeño yate. Recorre Noruega e Islandia, el Mediterráneo, Irlanda, Escocia, Noruega, Inglaterra, el Mar del Norte y el Báltico.

En 1863 un editor descubre en él las posibilidades ilimitadas que tiene la unión de la literatura y la ciencia ya que entonces existía gran interés por los avances de la tecnología y los cambios generados por la Revolución Industrial. Ese año publica el primero de sus sesenta *Viajes extraordinarios*, *Cinco semanas en globo*, en forma de folletín en una revista, y es tal el éxito que tiene, que el editor le ofrece un contrato por veinte años por una gran cantidad de dinero.

Así continúa publicando sus obras durante casi cuarenta años: *Viaje al centro de la Tierra* (1864), *De la Tierra a la Luna* (1865), *Los hijos del capitán Grant* (1867), *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1869), *La isla misteriosa* (1874), *La vuelta al mundo en 80 días* (1873), *Miguel Strogoff* (1876), *La esfinge de los hielos* (1897) y otras.

Una de sus primeras novelas, *París en el siglo XX*, trata de un joven que vive en un mundo de rascacielos de cristal, trenes de alta velocidad y una red mundial de comunicaciones, pero que no puede alcanzar la felicidad. Su editor no quiere publicarla porque la considera muy pesimista, Verne guarda el manuscrito en una caja fuerte, donde es descubierta por su biznieto en 1989 y publicada en 1994.

En sus novelas de viajes, viajes por la tierra, por el mar y por el espacio, aparecen datos y descripciones precisas sobre la flora y la fauna, sobre los volcanes, sobre los minerales, entre muchos otros.

En otro aspecto, aparecen resaltados en su obra ciertos valores éticos como la amistad y la filantropía, la energía y el trabajo, la honradez, la valentía, la perseverancia y la confianza en la voluntad propia.

Aplaudido y admirado hasta por Tolstoi, se dedica a una literatura que él sabe popular. Tal vez no se creyera un gran escritor, a pesar de su pluma increíblemente prolífica: era más que nada un gran viajero. Viajaba por los mundos de la imaginación.

Muere en Amiens, en 1905.

Capítulo 1

El domingo 24 de mayo de 1863, mi tío, el profesor Lidenbrock, entró rápidamente a su casa situada en el número 19 de la König-strasse, una de las calles más tradicionales del barrio antiguo de Hamburgo.

Marta, su excelente criada, se preocupó porque creyó que se había retrasado en sus tareas pues apenas empezaba a preparar la comida.

—Bueno —pensé para mí—, si mi tío viene con hambre, se va a armar la de San Quintín, porque no conozco a otro hombre más impaciente que él.

—¡Tan temprano y ya está aquí el señor Lidenbrock! —exclamó la pobre Marta, inquieta, entreabriendo la puerta del comedor.

—Sí, Marta, pero tú no tienes la culpa de que la comida no esté lista todavía, porque es temprano, todavía no son las dos. El reloj de San Miguel acaba de dar la una y media— dije.

—¿Y por qué ha venido tan pronto el señor Lidenbrock?

—Seguramente él lo explicará.

—¡Ahí viene! Yo me escapo, señor Axel, cálmelo usted, por favor.

Y Marta se retiró a la cocina rápidamente, dejándome solo.

Pero, como mi timidez tampoco es lo más indicado para hacer entrar en razón al más irascible de todos los catedráticos, estaba por retirarme prudentemente a mi dormitorio, cuando se escuchó el ruido de la puerta de la calle, la escalera de madera crujió bajo el peso de sus descomunales pies, y el dueño de la casa atravesó el comedor, entró en su despacho rápidamente y, dejando el pesado bastón en un rincón y arrojando el sombrero encima de la mesa, se dirigió a mí con tono imperioso:

—¡Ven, Axel! —dijo.

No había tenido aún tiempo de reaccionar cuando me gritó nuevamente con acento impaciente:

—Pero apúrate ¿qué haces que no estás ya aquí?

Y me apuré a entrar a su despacho. Otto Lidenbrock no es mala persona, lo digo de todo corazón, pero si no cambia algo su carácter, lo cual no creo probable, morirá siendo el más original e irascible de los hombres.

Era profesor del Johannaem, donde dictaba la cátedra de mineralogía, y por regla general se enfurecía una o dos veces en cada clase. No porque se preocupase por tener discípulos aplicados, ni por el grado de atención que estos prestasen a sus explicaciones, ni por el éxito que pudiesen obtener en sus estudios, no, semejantes detalles lo tenían sin cuidado. Enseñaba subjetivamente, según una expresión de la filosofía alemana, enseñaba para él y no para los otros. Era un sabio egoísta; un pozo de ciencia cuya polea rechinaba cuando se quería sacar algo de él. Era, en una palabra, un avaro del conocimiento.

En Alemania hay algunos profesores de esta especie.

Desgraciadamente mi tío no gozaba de una gran facilidad de palabra, por lo menos cuando se expresaba en público, lo cual para un orador constituye un defecto lamentable. En sus lecciones en el Johannaem, se detenía a lo mejor luchando con algún

Las páginas 13 a 320
no están disponibles